

Elogio antropológico del espía

Cuando los ecos de los últimos casos de espionaje internacional, realizados al por mayor, por fisgones escondidos tras potentes máquinas orwellianas, y nacional, al por menor, con micrófonos ocultos en ridículos floreros, parecen languidecer bueno será volver a reparar en la simpática figura del espía. Y digo simpática a plena consciencia, ya que un conocido me dice al oído que más vale pasar en ciertos países árabes por espía que por antropólogo, por ejemplo. A los primeros se les respeta, y hasta se empatiza con ellos, porque se sabe a quienes sirven, a los segundos no porque sus ubicuos conocimientos se evaporan en un éter sin patria conocida como es la antropología. Así pues, mi conocido, antropólogo en ejercicio, se hizo respetar en tierra extraña haciendo prosperar la especie de que era un descarado espía al servicio de una potencia extranjera, más que como lo que era realmente. Ya nadie lo inquiera a diario porque todos están tranquilos pretendiendo saber a quién se debe.

La tradición de pegar la oreja detrás de las paredes no es nueva, por lo demás. Esta sensación la puede comprobar aún el viajero del mundo globalizado en cada tiranía que visite, cuando sienta alargarse sobre él en mitad de una descuidada conversación los pabellones auditivos de los próximos.

Pero vuelvo a insistir, el espía reúne unas condiciones que lo hacen sujeto de simpatía: primero, por su propia extravagancia, que en ocasiones lo lleva a adoptar poses amaneradas, para entendernos simplemente “de espía”. En cierta ocasión en plena transición española me acerqué a una sociedad patrocinada por la extinta Unión Soviética, maestra en estas lides, al lado del Ritz madrileño, y puede comprobar cómo los espías que salían de allí iban de rigurosa gabardina y sombrero. ¡Faltaría más! Eran tipos que cuidaban su estudiada figura, casi dandis, pero que arrastraban algo de sulfuroso a su alrededor. He visto los mismos sujetos los días de *sabbat* cerca de las sinagogas de los barrios hebreos americanos: tipejos ocultos siempre tras sus inseparables gabardinas y sombreros, y ahora sus “pinganillos”, escrutan el horizonte de la calle con descaro. Desde luego, parecían sombras proyectadas por un casual reflector sobre una pared. Los espías no son, pues, invisibles del todo como se pretendía durante la Gran Guerra del 14, ahora rememorada. A muchos de mis conocidos les da risa cuando oyen ruidos en su teléfono y le dedican la conversación a los sospechados y anónimos orejas del otro lado.

A veces incluso se pueden producir curiosas circunstancias que llevan al *voyeur* por obligación a identificarse con los padecimientos de las personas que ausculta: en *L'Enfer* del revolucionario Henri Barbusse (1908) un sujeto fisga a través de un agujerillo diminuto abierto por azar en la pared a todo el que desfila por la habitación contigua, elevando hasta la más pura espiritualidad su voyerismo; o en la película *La vida de los otros* de Florian Henckel (2006), donde la temida Stasi germano-oriental le sigue los pasos a unos jovencitos con madera de intelectuales, y el oreja queda en buena medida atrapado emocionalmente por lo que registra, hasta el punto producirle la mayor de las inquietudes. Entre un siglo y otro pocas cosas han cambiado en el campo de los espías como no sea las tecnologías empleadas. En lo tocante a lo humano, prácticamente nada. Seguimos en la misma fenomenología.

¿Y quién no se ha visto rodeado de espías alguna vez? Yo en cierta momento de mi vida lo estuve en una ciudad del Este europeo. Tan totalmente rodeado que para huir de aquel círculo infernal pedí permiso a los espías para acudir elegantemente a la ópera de la ciudad. Ponían un

Fidelio de Beethoven con la escenografía del hoy, la cual siempre acaba en un remedo de hospital psiquiátrico, muy propia para los tiempos que vivimos. La puesta en escena no me venía mal para reflexionar. Al día siguiente hice lo mismo, pero en esta ocasión me evaporé hacia unos decadentes baños termales. A la caída de la tarde mientras chapoteaba los vi llegar a solazarse en las aguas sulfurosas. Con renovado cinismo, no exento de simpatía, volví a saludarlos y acto seguido me escurrí de nuevo. Eran gente simpática... pero en la distancia.

Los espías son héroes culturales, no simples soplones. Se casan con gentes del lugar donde trabajar para aclimatarse y pasar desapercibidos. Los hay temiblemente listos y seductores. Si son ellas recuerden el resultado mítico: Mata Hari. Una holandesa llena de sensualidad que seduciendo a unos y otros acabó frente a un paredón en el *château* de Vicennes, pensando hasta el último momento que su irradiante belleza iba a parar las balas de los ejecutores. Ahora giren la vista hacia el reciente éxito de *El tiempo entre costuras*. La verdadera protagonista, Rosalinda Powel Fox, a cuyas memorias, desconocidas para el gran público llamadas *The Grass and the Asphalt*, ha tenido acceso la escritora María Dueñas, fue un portento de seductora. Gracias a su amor hacia el coronel Juan Luis Beigbeder, iniciador de la sublevación franquista en África, pudo orientar, según dice, al régimen lejos de la influencia nazi. Fue considerada por los franquistas, según opinión de ella misma, la mujer más peligrosa que transitaba libremente por España.

La verdad es que los agentes siempre se disculparon por el romanticismo de estar a favor de la libertad. Así lo cuenta también otro espía al servicio de la R&B, la rama de captación intelectual de la OSS, el precedente en los años cuarenta de la CIA, Carleton S. Coon. El señor Coon que andaba midiendo cráneos por el Rif y también por el Medio Oriente y Albania, se ofreció voluntario al consulado americano en Tánger para hacer operaciones especiales. Acabó arrojando desde un avión panfletos antinazis por las medinas marroquíes. Estando de misión en Túnez coincidiría con otro espía, también antropólogo como él, Jacques Soustelle, con quien se entendió cara a la inminente invasión aliada de Sicilia. Soustelle, al que le gustaba la aventura —obsérvese que se hacía llamar “Tintín en América” cuando andaba por las selvas lacandonas de México-Guatemala—, después de ser gobernador de Argelia en plena guerra contra los nacionalistas, pasar por la contrarrevolucionaria OAS, y organizar un atentado contra De Gaulle, que le costó una condena a la guillotina, acabó sus días en los ochenta rehabilitado en Francia como cualquier bondadoso abuelete. Les pregunto a sus amigos por él y sus circunstancias y pasan de puntillas: ¡buena gente, era buena gente!

Ya digo que esto del espionaje goza de buena reputación, y hay países donde los allegados celebran con una buena fiesta la cooptación de uno de ellos a espía. Lo que no se entiende es el escándalo montado en los últimos meses, cuando todo el mundo debiera conocer estas circunstancias. Hace poco pasé por delante de una tienda dedicada a suministrar al ciudadano común objetos de espionaje, y parecía de lo más honorable y serio, comercialmente hablando.

El equívoco está en pensar que democracia significa transparencia, y transparencia control. Nada más lejos, la democracia al garantizar el secreto, como uno de sus componentes sociales básicos, al menos en teoría, pone las sólidas bases para la existencia del espía como profesión. Lo interesante es que la profesión de espía esté regulada por un sólido *ethos*, y que a ella sólo puedan acceder gentes capacitadas y no simples soplones de novela negra. De lo contrario podríamos acabar en manos del tontuelo del “agente secreto” descrito por Joseph Conrad en la célebre obra de igual título, un tipo sin idea de lo que se trae entre manos —que puede ir desde una bomba hasta un pollo envuelto en papel de estraza— capaz de llevarnos al desastre. Ésta es una profesión peligrosa y acaso no muy bien pagada, al igual que la de ratero, que como me sopla otro cándido amigo siempre será mejor que la de pedigüño. Además, por si quedaba poco, el desequilibrio psíquico perenne sobrevuela al agente como consecuencia de encarnar falsos papeles. Véanse las dudas del catalán Ali Bey, sin saber al final de su vida si era moro o cristiano, español o francés, y del mismísimo Lawrence de Arabia, maestro del género en tierras de la península arábiga.

Lo dicho: no entiendo tanto escándalo por tan poca cosa. El secreto es democracia y los espías unos seres de leyenda, de cuya inocencia deberíamos estar convencidos antropólogos y comunicólogos, al menos con la ironía debida.